

# ¿EL FINAL DE LAS UTOPIAS?

En una ocasión escribí que el hombre, tal vez por atavismo, guarda en su subconsciente un vago y difuso recuerdo de perdidos paraísos e ilimitadas abundancias. De ahí su permanente búsqueda de medios o sistemas, que, si bien no logran devolverlo a la privilegiada y desaparecida situación tarea por demás imposible, si tiene la virtud de crearle ilusiones y esperanzas, que hacen más soportable la conflictividad del mundo.

Surgen, así, las utopías, esos "lugares que no existen", según la etimología de la palabra, los proyectos o doctrinas irrealizables, los ideales de sociedades modélicas y perfectas. Ideas o deseos que, con seguridad, se han dado siempre. La República, de Platón; la "Utopía", de Tomás Moro, inventor del vocablo; la Ciudad del sol" de Campanella; el viaje a Icaria", de Cabet; "una utopía moderna"; de H.G. Wells, son ejemplos de como, a través del tiempo, la aspiración a una sociedad ejemplar ha sido una constante nunca alcanzada.

Pero cuando este afán por hallarla o, mejor, modelarla, se hace mas intenso, como consecuencia de los problemas suscitados por la Revolución Industrial y por el creciente auge de la burguesía, es a partir del siglo XVIII. Con Babeuf, Saint Simón y, de manera especial, Fourier y Owen, aparece un socialismo romántico y poco efectivo. Los Falansterios de Fourier y las colonias de Owen, fracasaron de manera ruidosa. Marx diagnóstica como causa del nulo éxito, los prejuicios subsistentes, de los que no pudieron desprenderse y, sobre todo, la carencia de una fuerte disciplina.

No parece este lugar apropiado para un esbozo de la evolución de las distintas tendencias socialistas, hasta dividirse en la varias ramas que han llegado a nuestros días. Lo que si debe subrayarse es que la mas pragmática de ellas -el comunismo-, recubierta con el barniz pseudocientífico del marxismo y organizada con eficacia por Lenin, consigue instalarse en gran número de países. La utopía, para muchos, se había hecho realidad.

Durante largos años, Rusia y las naciones de su órbita, han sido la estrella polar, el punto de referencia de los partidos comunistas y de todos los socialismos, más o menos aguados, de Occidente. Aunque algunos de estos lo nieguen, la verdad es que, por sus afinidades, origen y objetivos, tendían hacia la misma dirección. El desmoronamiento, repentino e imprevisible, de aquellos regímenes, el descubrir que el supuesto paraíso era un infierno real, sostenido sólo por la fuerza, la sangre y el miedo, y que el progresismo predicado con entusiasmo casi religioso conducía, con matemática fatalidad, a la opresión, ha supuesto, para los seguidores honestos y de buena fe, un doloroso trauma. Lo otros, los advenedizos y arribistas, tratan de camuflarse, al tiempo que realizan, en justificación, atrevidas piruetas y difíciles equilibrios intelectuales e ideológicos.

Mas nada debe extra-

ñarnos · no sorprendernos. Pensemos que en el siglo XX, en el avanzado siglo XX, ha ocurrido de todo, incluso los más abominables hechos de la Historia, cuyo recuerdo aún nos estremece. Parece como si una maldición impidiera la fraterna convivencia del hombre y le impulsará a odiar, herir y matar. Tal vez estemos condenados a soñar, eternamente, en un mundo mejor, sin poder jamás lograrlo. ¿Habrán terminado, pues, las utopías?

Pero en la pregunta se ha deslizado un error sutil, o una falacia, según se mire. ¿Por qué la utopía -el modelo de sociedad perfecta y justa ha de identificarse con socialismo? Acaso, para los que han vivido y sufrido en los países del Este ¿no significaban deseadas utopías los diversos sistemas occidentales?. Esto nos debe llevar a una nueva concepción de sociedad ideal. Recordemos, de forma esquemática, la Historia: Contra el poder absoluto de las monarquías y de la aristocracia, surge el liberalismo, a la búsqueda de mayores libertades, exigidas con avidez por la Revolución Industrial; mas, paralelamente, también aparece un proletariado, desnutrido y explotado, que da forma y coherencia a la idea socialista; ésta, para su implantación efectiva -no caben términos medios- precisa de la supresión de libertades e iniciativas individuales, lo que lleva, indefectiblemente, en vicioso y demoníaco círculo, a otras formas

de absolutismo.

En los albores del año 2000, con conocimientos científicos y tecnológicos sin aparentes límites en sus capacidades, resultan desfasados, inservibles, los fundamentos en que se apoyan las ideas políticas vigentes, que no conducen a ningún lugar. Derecha e izquierda se han influido mutuamente en los últimos años, quizá porque el enfrentamiento abierto hubiera sido locura. ahora son inoperantes y, en las actuales circunstancias, peligrosas. Carecen ya de la necesaria sujeción y se muestran estériles para engendrar un proyecto de vida comunitaria atractiva. Cual sea el medio o la manera de superarlas, es el gran reto de los próximos años. No, desde luego, con regresión a totalitarismo y luchas. Tal vez la solución sea hallar un profundo sentido ético de los comportamientos; quizás encontrar una fe religiosa que imprima virtudes y generosidades sin restricciones; acaso impartir una formación cultural intensa y amplia.. Posiblemente todo ello junto en equilibrada mezcla, que sepa aprovechar el potencial técnico de que se dispone en beneficio común

El hombre busca como meta permanente, la felicidad, y la verdadera felicidad, de existir, se encuentra en la fuerza con que un ideal sea capaz de atraer, en el sentido que otorgue a la vida. Por ello las utopías, como modelos de perfección, no pueden desaparecer. Serán inalcanzables, pero su luz rutilante y lejana, señalará la dirección a seguir en el penoso camino hacia un mundo mejor.

Miguel Molina